

## Reseña bibliográfica

### ***DIFERENCIAS. ETAPAS DE UN CAMINO A TRAVÉS DEL FEMINISMO DE TERESA DE LAURETIS***

**Silvia Tubert**

Universidad Complutense de Madrid

Teresa de Lauretis, doctorada en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad de Milán, ha enseñado literatura italiana y comparada, estudios de la mujer y teoría del cine en diversas universidades de Estados Unidos y Europa; actualmente es profesora de Historia de la Consciencia, un programa interdisciplinario de doctorado en la Universidad de California (Santa Cruz). Autora de numerosos ensayos y libros, ha escrito sobre teoría del cine y de la literatura, ciencia ficción, semiótica, psicoanálisis y teoría feminista. Cabe destacar, entre su producción teórica, *Alice Doesn't: Feminism, Semiotics, Cinema* (1984), traducido al castellano (en la colección *Feminismos*, de Editorial Cátedra) *Technologies of Gender* (1987), *The Practice of Love* (1994), *Feminist Studies/Critical Studies* (1988) y *Sui Generis. Scritti di teoria femminista* (1996).

El libro de referencia recoge una serie de ensayos, escritos entre 1986 y 1996, que reflejan otras tantas etapas del recorrido intelectual, personal y político de la autora a través del feminismo, aunque ella hace la salvedad de que el camino del pensamiento, como el de la vida, no es nunca lineal sino que está hecho de vueltas, anticipaciones, desviaciones y proyecciones. Sin embargo, el punto de articulación de los distintos textos es la cuestión de la *diferencia*, aunque ésta ha sufrido, en el recorrido de la autora por el feminismo, algunas transformaciones en lo que respecta a su valor epistemológico, al que define como “la contribución que el concepto de diferencia aporta al conocimiento de sí y del mundo”, y, asimismo, en lo que concierne a su valor político (7).

No obstante, debiéramos hablar más bien de *diferencias*, puesto que, para Teresa de Lauretis, no se trata sólo de la diferencia entre los sexos, es decir, las normas que dividen lo masculino y lo femenino, sino también de la que existe entre las mujeres: la diversidad de formas en que cada una vive su propia condición de sujeto sexuado. Más aún: con la elaboración de una teoría feminista y con la participación activa en la producción de cultura en la esfera pública por parte de mujeres feministas o formadas en el feminismo —a lo que debemos añadir la incorporación del pensamiento psicoanalítico a la reflexión feminista— ha pasado a un primer plano la cuestión de la subjetividad femenina, es decir, las experiencias, instituciones y prácticas a través de las cuales las mujeres —los seres humanos— se constituyen como sujeto social y psíquico a un mismo tiempo. Aquí interviene una vez más el concepto de diferencia, puesto que tanto el sujeto social como el psíquico se configuran como tales a partir de la diferencia. El yo emerge al separarse del otro; inicialmente de la madre, del mundo físico, del alimento, pero más tarde se distinguirá también de sus propios sueños, deseos, miedos y fantasmas, y hasta de sus propias palabras (así, por ejemplo, sucede al mentir). Si el sujeto social está dividido por la distinción entre individuo y colectividad, el sujeto psíquico está escindido por la existencia misma de lo inconsciente. En consecuencia, encontramos tres órdenes de diferencias, articuladas entre sí: las que existen entre hombres y mujeres, las que se aprecian *entre* las mujeres y, finalmente, las que se sitúan *dentro* de cada una, en el seno de cada subjetividad particular.

Este es, precisamente, uno de los aspectos más destacables en el trabajo de T. de Lauretis, puesto que, a diferencia de gran parte de los desarrollos teóricos feministas, para fundar un proyecto político común de conocimiento e intervención en el mundo, no ha caído en la falacia simplificadora de postular una mítica *identidad femenina*. Esta falacia se sostiene en la negación, tanto de las diferencias entre las mujeres, que desconoce la singularidad de cada

sujeto, como de la división inherente a cada uno, que encubre la dimensión de contradicción interna y de carencia propia del ser humano en tanto tal. T. de Lauretis propone dejar de pensar las diferencias existentes *entre* las mujeres y *en* ellas como obstáculos para la realización de un proyecto común, para concebirlas, en cambio, como fuentes de creatividad política y personal.

Luego, la fecundidad de su pensamiento responde, desde mi punto de vista, a su insistencia en desplegarse a partir de la *paradoja*, negándose a asumir un término a expensas del otro. Así, por ejemplo, cuestiona la noción de un lenguaje en el que se pueda expresar la “alteridad radical” de las mujeres, noción que sitúa la feminidad como la otra cara de la masculinidad, como su otro irrepresentable, como horizonte o límite del logocentrismo occidental, para entender la cuestión de la teoría feminista y de la escritura femenina como una contradicción específica del discurso feminista. Es decir, no se puede hablar desde “fuera” del lenguaje, cuando es el lenguaje mismo el que constituye los términos; si bien es cierto que las mujeres son definidas por un discurso que no es neutro sino patriarcal, también lo es que sólo pueden constituirse como sujetos en el marco de ese discurso. De ahí la necesidad de hablar al mismo tiempo el “lenguaje de los hombres” y el “silencio de las mujeres” o, más bien, de perseguir estrategias de discurso que otorguen voces al silencio de las mujeres, “dentro, a través, contra, por encima, por debajo y más allá del lenguaje de los hombres” (18). La autora sugiere también la necesidad de elaborar prácticas de lenguaje que no supriman ni desmaterialicen la diferencia entre los sexos, sino que la expresen y nieguen al mismo tiempo, que la afirmen y la cuestionen, que la desconstruyan y la reconstruyan.

En su obra *Alicia ya no: feminismo, semiótica, cine*, la autora afirmaba que la discrepancia, la tensión y la confusión permanentes entre la Mujer como representación, como objeto y condición misma de la representación, y las mujeres como seres históricos, sujetos de relaciones sociales, son causadas y sostenidas por una contradicción lógica e irreconciliable de nuestra cultura:

tanto dentro como fuera del género las mujeres son objeto de representación, pero al mismo tiempo carecen de representación. “Que las mujeres sigan convirtiéndose en Mujer, sigan siendo prisioneras del género, como el sujeto de Althusser continúa siendo prisionero de la ideología, y que nosotras persistamos en esa relación imaginaria aún sabiendo, como feministas, que no somos esto, sino que somos sujetos históricos gobernados por relaciones sociales reales, que incluyen ante todo el género: ésta es la contradicción sobre la que se construye la teoría feminista y es su misma condición de posibilidad. Es obvio entonces que el feminismo no puede considerarse una ciencia, discurso o realidad fuera de la ideología, o fuera de la ideología del género” (44).

T. de Lauretis, en consecuencia, se aleja de las teorías que ontologizan al sujeto del feminismo, fundamentalmente por dos razones: la primera es que desmistifica la noción de un sujeto que podría verse desde fuera de las coordenadas que lo definen y limitan, y que podría, por fin, construir una teoría completa, verdadera, no sesgada, acerca de la diferencia entre los sexos. La segunda es que considera que el sujeto del feminismo no ha sido definido todavía, sino que se encuentra en proceso de definición o de concepción, en el marco de los textos críticos feministas. El sujeto del feminismo es una construcción teórica, un modo de conceptualizar o de dar cuenta de ciertos procesos. Pero, a diferencia del sujeto de Althusser, que estando completamente dentro de la ideología se cree fuera y libre de ella, “el sujeto que veo emerger de los escritos y de los debates actuales en el seno del feminismo es un sujeto que está al mismo tiempo dentro y fuera de la ideología del género y es consciente de ello, es consciente de esta doble tensión, de esta división y de su doble visión” (44).

Este trabajo de desmistificación afecta también a la categoría misma de género, cuyo empleo abusivo no se restringe al feminismo sino que es evidente en los medios de comunicación. T. de Lauretis no admite la concepción del género más difundida, que lo entiende como categorización socio—cultural

de la feminidad y la masculinidad, y lo opone a la noción de sexo anatómico. Tal concepción se basa en la antinomia naturaleza/cultura, sin cuestionarla, y hace desaparecer tanto al sujeto como a la sexualidad, cuyo espacio propio se sitúa precisamente *entre* la biología y la cultura y no se deja reducir a ninguna de ellas, tal como ha mostrado el psicoanálisis.

En su trabajo sobre las “tecnologías del género” (cuyo capítulo introductorio se puede leer en este libro) la autora analiza la construcción social del género y su asimilación por parte de cada individuo como efectos de discursos y representaciones que, según Foucault, se anclan en dispositivos de poder, es decir, a instituciones sociales como la familia, la escuela, la medicina, el derecho, el lenguaje, los medios de comunicación, y también a prácticas culturales (literatura, arte, cine) y saberes disciplinarios como la filosofía o la teoría científica. El sujeto social no está dotado de una sexualidad natural, innata ni originaria, “sino que se constituye —y se constituye sexuado— como efecto de las representaciones de género, al identificarse con ellas, al hacerlas propias; el sujeto está así construido o mejor *generado* en una continua interacción (...) con las tecnologías del género” (154).

De Lauretis redefine la experiencia de género como los efectos de significado y las autorrepresentaciones producidos en el sujeto por las prácticas socioculturales, los discursos y las instituciones dedicadas a la producción de hombres y mujeres. Sin embargo, pone de manifiesto la limitación del concepto de género al afirmar que, si bien es cierto que la experiencia, entendida como configuración de efectos de significado, se modifica y se reconstituye mediante la interacción semiótica con una realidad social que incluye las relaciones sociales de género, “la subjetividad y la experiencia femeninas se expresan necesariamente en relación específica con la sexualidad” (54). Es decir, el sujeto femenino no se puede definir exclusivamente en función de la construcción del género, aunque ésta juegue un papel importante; al recoger la noción psicoanalítica de sujeto dividido, de Lauretis adopta asimismo la

concepción psicoanalítica de la sexuación, es decir, la posición del sujeto en referencia a la diferencia entre los sexos, y de la sexualidad, que alude al placer, al deseo y al goce. Todo esto configura una representación del sujeto marcada por la falta de plenitud y de unidad.

Esta posición crítica, por cuanto muestra las limitaciones de la noción de género en lo que respecta a la problemática de la sexuación y la sexualidad, se articula con su análisis del discurso del lesbianismo: los discursos y las cuestiones que conforman la identidad y la representación (de la) lesbiana a partir de los años ochenta, sostiene la autora, son más variados y socialmente heterogéneos que los de principios de siglo. En primer lugar, “se fundan en una concepción política de la opresión, de la reivindicación y de la toma de la palabra, conceptos elaborados en las luchas de los movimientos sociales, especialmente del movimiento de mujeres, el movimiento de liberación gay y el feminismo tercermundista”. En segundo lugar, reconocen “la importancia que tiene el inconsciente en la constitución del sujeto mujer y de su relación con el deseo y la sexualidad”. Desde mi punto de vista, se trata de todo aquello que deja de lado la noción de género en lo que respecta a la historicidad de la diferencia entre los sexos y a la singularidad de los sujetos deseantes.

De Lauretis insiste en que los discursos que conforman la representación (de la) lesbiana están todavía atrapados en la paradoja de la (in)diferencia socio—sexual y son incapaces de pensar el lesbianismo y la homosexualidad al mismo tiempo separada y conjuntamente. “A menos que entre en plano travestida —o como pareja de una travestida— de hombre, la mujer lesbiana es todavía, como sujeto social, invisible” (106). Sin embargo, también en este terreno ejerce la crítica: si bien entiende que la heterosexualidad está institucionalizada y por lo tanto ha asumido el carácter normativo, sistemático y abstracto propio de las instituciones, reconoce que no se limita a ser un macrocódigo semiótico, sino que está atravesado por deseos, pulsiones y fantasmas. Por ello, cuestiona el pensamiento de la diferencia, propio del

feminismo radical, y los discursos del lesbianismo (Monique Wittig, Marilyn Frye, Adrienne Rich, *I Quaderni Viola*, por ejemplo), porque producen un deslizamiento conceptual: “De la crítica de la institución heterosexual se pasa a la prescripción de sustraerse a la relación heterosexual” (162). De este modo, en su trabajo se puede apreciar la distinción entre el discurso *sobre* el lesbianismo (en el que éste es tomado como objeto de estudio) y el discurso *del* lesbianismo (que se erige en postura ética): el hecho de que en su obra el primero desempeñe un papel central, no la conduce a deslizarse subrepticamente al segundo, al que, por el contrario, cuestiona. Es decir, su propuesta de tomar en consideración las diferentes posiciones que puede asumir un sujeto sexuado en lo que respecta a sus identificaciones, la elección del objeto erótico, la orientación de su deseo y las formas que adopta su goce, no suponen, para ella, ningún tipo de adscripción a un feminismo separatista ni al lesbianismo como proyecto político.

La subjetividad no posee sólo una dimensión política sino otra singular, ligada al deseo, a los fantasmas, a la experiencia y al saber de un cuerpo, a las cargas pulsionales y narcisistas que pueden contrastar con la voluntad política y oponer resistencia a la misma comprensión conceptual, y esta dimensión de la subjetividad no proporciona identidad sino división. Esta irreductibilidad o refractariedad del deseo es la que hace deslizarse el término heterosexualidad obligatoria de categoría de inteligibilidad política a escenario impulsivo o imaginario. El deseo se articula en la palabra que crea espacios simbólicos, autorrepresentación, proyecto, teoría política, “pero también se manifiesta en el gesto sintomático, en la repetición de esquemas afectivos y escenarios fantasmáticos que impiden la palabra afirmativa, obstaculizan los proyectos, interponen negatividad, resisten al caminar seguro de la historia” (165), sostiene de Lauretis.

La toma de consciencia que deriva de este análisis, conduce al sujeto del feminismo a situarse en una posición crítica, distanciada, excéntrica res-

pecto a la ideología del género. “Por eso yo lo he llamado un *sujeto excéntrico*, es decir, no inmune o externo al género, pero autocrítico, distanciado, irónico” (154), lo que corresponde a su interpretación (psicoanalítica) de la subjetividad no sólo como capacidad de autodeterminación y de acción, sino también como sometimiento o sujeción a constricciones sociales pero también a deseos, pulsiones y fantasmas inconscientes.

La autora propone al feminismo que vuelva a pensar la subjetividad en una dimensión material en sentido amplio, donde la sexualidad es el nudo central, el lugar en donde lo corporal, lo psíquico y lo social se entrecruzan, donde el sujeto (re)elabora la imagen de sí y del cuerpo erótico en el encuentro con el otro o con la otra. “La sexualidad es el *lugar común* de toda subjetividad, aunque sea el lugar que a menudo no aparece señalado en las topografías de los lugares y de los medios de la política de las mujeres” (169). Entre las razones de esa omisión se cuentan la dificultad de tolerar las contradicciones entre voluntad y deseo, la resistencia a medirse con las limitaciones del propio cuerpo, la consciencia del riesgo que la sexualidad comporta para quien es definida como mujer en un contexto social patriarcal, la desvalorización de lo femenino, identificado con el cuerpo, frente a lo masculino, asociado con el espíritu y el pensamiento, la necesidad, vital además de política, de pertenencia y de reconocimiento por las *otras* mujeres.

El rigor y coherencia del análisis de T. de Lauretis, que buscan despojar al feminismo de todo esencialismo y de categorías mistificadoras, la conducen a reclamar que lo no—político deje de estar excluido por la pretensión de positividad universal de una política de las mujeres. Las contradicciones inherentes al ser humano como sujeto deseante no pueden sino reflejarse en el feminismo, como afirmaba en *Sui Generis*: “Una doble tensión en direcciones opuestas —la negatividad crítica de su teoría y la positividad afirmativa de su política— es al mismo tiempo la condición histórica de existencia del feminismo y su condición teórica de posibilidad”. La antinomia que deriva de esta



doble tensión no se puede resolver, pero es necesario ponerla de manifiesto y analizarla, “ya que si vivir la contradicción es la condición de existencia de una subjetividad feminista, analizarla es la condición de una política feminista” (157).

#### **NOTA**

*Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo* ha sido publicado por Horas y horas, Cuadernos inacabados n. 35, en Madrid, 2000.